

Final: los libros de plomo y la obra abierta

1. El regreso culmina al cabo de seis días. Llegan al pueblo precisamente al mediodía de un domingo, cuando todo el mundo estaba en la calle y podía presenciar el fracaso de nuestro héroe. El Don Quijote hundido es el que el texto nos ofrece ante los ojos de la plaza pública. Aunque lo han desenjaulado, aparece tirado sobre un haz de heno en la carreta de bueyes y ya sólo acompañado de Sancho, Rocinante, el cura y el barbero. Qué diferencia con la otra llegada, cuando su vecino el labrador había aguardado hasta la noche para que no lo viera nadie. Ahora está ahí, hecho un guiñapo, como la imagen misma de la derrota. Sancho se aleja para encontrarse con su mujer (con cuyo nombre Cervantes vuelve a tropezarse: ahora la llama *Juana Panza dos veces*), mientras que el ama y la sobrina acuestan al «flaco y amarillo» Don Quijote, temiendo que se les muriera, al tiempo que el cura advierte que estén alerta, que no se vuelva a «escapar». Un verbo definitivo: el «loco/animal» debe seguir enclaustrado.

Y éste es el fin de la historia. O al menos lo sería si Cervantes no hubiera recurrido a un *hallazgo* auténtico (en cualquier sentido) para añadir unas líneas y unos versos más junto a la promesa latente de la continuación de la obra. Y señalo que es auténtica la cuestión del hallazgo en un doble sentido: por un lado, porque permite a Cervantes diluir la tristeza de este final, no sólo envolviéndola en otra tristeza más global, sino distrayendo al lector con un hecho que acababa de alborotar a todo el país. Me refiero al *hallazgo* de los *Plomos del Sacromonte* en Granada. Es un tema hoy suficientemente conocido¹ y me limitaré, pues, a seguir sus líneas básicas: entre 1595

¹ Cfr. Miguel José Hagerty, *Los libros plúmbeos del Sacromonte*, Editora Nacional, 1980 (2.ª edición en Comares, Granada, 1998, con nueva *Introducción*); *Vid.*

y 1599 se habían encontrado en Granada, al realizar unas obras de albañilería, unas cajas de plomo (los luego famosos «libros plúmbeos») que contenían reliquias y papeles manuscritos, donde en griego, en latín e incluso en castellano y en caracteres que se decían «salomónicos», más o menos arábigos, se venía a confirmar no sólo la llegada de Santiago a predicar en España en general, sino en Granada en concreto. En una Granada curiosamente «musulmana» en tiempos de Nerón (el símbolo por excelencia del emperador asesino de cristianos) y dominada, pues, por los romanos. Incluso en los manuscritos aparece la Virgen María haciendo elogios de los moriscos y de su lengua. En una palabra: gracias a Santiago aquellos primitivos moros granadinos se habrían convertido al cristianismo. Los romanos habrían matado a muchos de ellos y era grande el número de mártires, sobre todo el principal discípulo de Santiago, san Cecilio (hoy patrono de Granada). Según los manuscritos, todos estos hechos habrían ocurrido en un monte cercano a la ciudad, llamado desde entonces *Sacromonte*, en el que se mandó fundar una abadía con una renta de miles de ducados, etc. El arzobispo de Granada, don Pedro de Castro, y el cabildo cardenalicio aceptaron los hechos no sólo por el problema político y ciudadano de los moriscos (el arzobispo era contrario a la expulsión), sino por que la Iglesia necesitaba milagros y reliquias.

Y así se lo comunicó a Felipe II, incluso antes que al Papa, confirmando al rey que todo era verdad. Aunque el embajador del Vaticano se enfadó porque la noticia se la diese al rey antes que al Papa, el Vaticano se limitó a callar, pues las «pruebas» llegaron tarde a Roma y porque la falsificación era burda y enseguida fue delatada por miembros de la propia Iglesia. El asunto se disparó por todo el reino, en especial en la Corte y lógicamente en Granada. Por fin se descubrió que dos moriscos granadinos, Alonso del Castillo y el más ignaro Miguel de Luna, que profesaban la medicina (la medicina era un arte mecánica que sólo podían ejercer los de abajo, y a la vez los moriscos sabían más sobre el tema), por supuesto con más gente detrás de ellos,

igualmente Julio Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, Círculo de lectores, 1991; y ahora Manuel Barrios Aguilera, *Granada morisca. La convivencia negada*, Comares, Granada, 2002.

eran los verdaderos autores del «milagro». Pero si la falsificación era torpe, no menos oscura era la realidad en que vivían los moriscos de la ciudad. Y lo verdaderamente llamativo es que la dialéctica en que se basaron los falsificadores no suponía más que la mera inversión de la norma hegemónica: si la norma establecía aparentemente que la di-cotomía vital consistía en ser cristiano *viejo* o cristiano *nuevo* (aunque en la realidad, como siempre, lo que contaba era ser ricos o ser pobres, en su sentido más amplio), el grupo del milagro se dedicó, como decimos, a invertir la norma. Más o menos así: nosotros los moriscos (incluida nuestra lengua y nuestras costumbres) somos los verdaderos cristianos viejos, los más antiguos, ya desde Santiago (que, curiosamente, dejaba de ser así el Santiago «matamoros» para transformarse en el único discípulo directo de Cristo que había convertido a los musulmanes); mientras que vosotros, los que habéis ocupado la ciudad desde hace años y nos hacéis la vida imposible y queréis expulsarnos, sois los verdaderos cristianos nuevos, los recién llegados a la ciudad y al cristianismo, mucho menos antiguos en la fe que nosotros. Sin duda, es un caso claro de lo que hoy se suele llamar las *estrategias del débil*. Algo que evidentemente no iba a impedir que los moriscos siguieran siendo minusvalorados (y no sólo los pobres, sino los ricos que no quisieron ver o no supieron evitar el atractivo de la desposesión de sus bienes); excepto, como señalábamos anteriormente, aquellos verdaderos grandes ricos que supieron comprar cualquier poder y que además eran necesarios en la ciudad: desde los aludidos *Granda-Venegas* a los caballeros moriscos protagonistas del Avellaneda, como Don Álvaro Tarfe, al que precisamente volverá a sacar Cervantes en su segundo libro. Y con esto no estoy otorgando un argumento a favor de las tesis del segundo Américo Castro, sino todo lo contrario: precisamente la cuestión de las clases —ser rico o pobre— es lo verdaderamente determinante de todo, aunque, como es lógico, la cuestión de la sangre, de la religión o de los grupos étnicos era una superestructura simbólica y vital que estaba flotando por todas partes.

La cuestión de los Plomos nos remite, pues, a una realidad histórica complejísima y terrible: la de las diversas guerras de Granada y sus consecuencias. La conquista del reino de Granada, aunque tuvo batallas muy duras (en las que quizá Fernando el Católico fue

forjando el ejército que luego enviaría a Italia) resultó ser en realidad la caída inevitable de un fruto que ya llevaba años pudriéndose y deshaciéndose en su interior. Aparte de vasallos de Castilla, los miembros de la familia real nazari se habían ido destruyendo entre ellos, y el reino antiguamente esplendoroso estaba al borde de la ruina. Era sólo cuestión de tiempo que se produjera el ataque final, algo inscrito en la lógica del Estado unitario que se estaba intentando crear. Luego vendrían las dos guerras de las Alpujarras y los decretos de expulsión en todos los territorios de la Corona (cuyos efectos se narran ampliamente en el Quijote de 1615).

2. Lo que nos interesa ahora, como es obvio, es que este cansado Cervantes, que está deseando acabar su libro, lo despabile en este tramo final introduciendo el tema de los *Plomos del Sacromonte*. Ahora bien: lo hace olvidándose de Cide Hamete y olvidándose casi de toda la estructura narrativa anterior. Por ejemplo se olvida de que ya había comprado «todo el libro» antes, en el capítulo IX. Y nos remite a aquella etapa previa en que nos hablaba de los *Anales de La Mancha*, de los *dos autores* e incluso nos ofrece una irónica versión de la *Academia de Argamasilla* y de los académicos que escriben versos y textos sobre Don Quijote y su mundo. La imagen de «los plomos» parece llevarle hacia la imagen del «manuscrito mágico» encontrado, sólo que ahora cifrándose en la burla más intenciosa de unos supuestos «papeles milagrosos» similares a los hallados en las cajas de plomo del Sacromonte. Incluso, inesperadamente, parece situarse él mismo como autor directo, aunque eso quede difuso. De cualquier manera, el texto dice: «*Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de-llas, a lo menos por escrituras auténticas*». De esta cuestión de lo auténtico, o sea, de la dialéctica verdad/falsedad, es de lo único que no se olvida Cervantes en este final, en el que sin duda una inevitable ironía se sobrepone al cansancio. Por eso sólo queda la *fama* (el «dicen» de lo público: pero esa *fama* o ese *dicen*, al ser público, hay que aceptarlo como posiblemente verdadero) de que fue a Zaragoza a unas «*famosas justas que en aquella ciudad se bicieron*». Como es bien sabido, Don Quijote llegará a Zaragoza en el segundo libro, y en los alrededores del Ebro lo encontrarán los Duques,

pero no irá a esas *justas* puesto que a ellas ya había acudido el «falso caballero» de Avellaneda. De cualquier forma, aquí Cervantes nos está prometiendo una tercera salida, un segundo libro sobre el que volverá a insistir en el prólogo a las *Novelas ejemplares* de 1613. Sólo que, como Cervantes nos ha estado contando la historia de un hidalgo/caballero que «*no ha mucho tiempo que vivía*», ahora, al terminar el libro, nos quiere condensar también la verdad de su «*fin y acabamiento*», es decir, el hecho concreto de que ya está muerto, aunque nos prometa que, pese a esa muerte (inscrita en el *vivía* del inicio), es plausible que nos siga contando cosas de su vida. Pero como para finalizar el libro se ve obligado a narrarnos el finalizar de Don Quijote (el mero hecho escueto de que ya murió, de que se nos ha traído el pasado a un presente inmediato), es aquí donde aparece el caso de la analogía con las *cajas de plomo* del Sacromonte y del *médico* que poseía las cajas, etc. Y Cervantes escribe:

Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticias de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epítafios y elogios de su vida y costumbres.

Y Cervantes añade que el fidedigno autor (¿cuál?) «*de esta nueva y jamás vista historia*» se dirige a los que leyeren —por última vez— para que le sigan dando confianza en la continuación esbozada de un posible segundo libro. Y la argucia de Cervantes en todo este episodio es clara: si las escrituras halladas en los plomos de la ermita sacromontana son sin duda falsas, y sin embargo el arzobispo y el cabildo las han aceptado como verdaderas, ¿por qué él no va a sacar nuevas aventuras de caballería «*si no tan verdaderas, al menos de tanta invención y pasatiempo?*».

3. Los dos términos son precisos: por un lado, el término *invención* con el que Cervantes trata de confirmarse a sí mismo como

escritor; por otro lado, el término *pasatiempo* con el que trata de inscribirse en el mercado y de congraciarse con el público. Pero Cervantes va más allá: con la analogía de los *plomos* ardiendo en las manos, azuza así al lector para que se avive ante la posibilidad de un nuevo retorno de Don Quijote. Y escribe una serie de poemas mediocres que atribuye a la imposible Academia de Argamasilla de Alba (otra broma sin mucha gracia, que sin embargo Avellaneda se tomará en serio: dirá que el «lugar» de Don Quijote es Argamasilla) sobre la muerte y la tumba de Don Quijote, la alabanza de Dulcinea y también de su sepultura, de Rocinante por supuesto y —quizá lo mejor— a propósito de Sancho Panza, intentando parafrasear el final de uno de los mejores sonetos de Góngora: «*en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada*»; un final gongorino que Cervantes convierte en el tambaleante «*y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño*». Éstos, se nos dice, fueron los versos que se pudieron leer, pues los demás estaban carcomidos. Pero un académico los estaría restituyendo «*con esperanza de la tercera salida de Don Quijote*». Una salida que: «*Forsi altro canterà con miglior plectio*», evidente errata tipográfica o fallo de la memoria de Cervantes, pues los versos de Ariosto en el *Orlando furioso* dicen lógicamente: «*Forse altri canterà con miglior plectro*», como Cervantes se encargará de entregarnos correctamente traducidos en el segundo libro: «*Quizá otro cantará con mejor plectro*».

¿Una obra abierta, como se ha solido decir? ¿Dejó así Cervantes paso para que otro —u otros— continuaran la historia? ¿Fue ése el camino que sin problemas tomó Avellaneda, aunque él nos remita a las continuaciones habituales de *La Celestina*, las *Arcadias*, etc.? Todo esto es tan posible como que el Avellaneda surgiera en verdad de aquel «añejo rencor» del que acabamos de ver que nos hablaba el cura, un rencor que se habría ido fermentando y agriando a lo largo del tiempo. De cualquier modo, para Cervantes el Avellaneda fue un golpe bajo que le hizo mucho daño. Para nosotros, sin embargo, el enigma sigue siendo otro, precisamente el que planteábamos al principio: ¿por qué Cervantes tardó diez años en publicar el segundo Quijote?

SEGUNDO QUIJOTE

El tener y el no tener.

Quijote, II, XX

No la has de ver en todos los días de tu vida.

Quijote, II, LXXXIII